



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Guerra y diplomacia durante las Guerras de
Italia

War and diplomacy during the Italian Wars

Autor

Daniel Ariza Rondo

Director

Jesús Gascón Pérez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. GRADO EN HISTORIA
2020 - 2021

Índice

Introducción.....	2
1. La diplomacia a finales del siglo XV	5
1.1. Estado, patrimonio y dominio	5
1.2. La diplomacia del Renacimiento: corte, embajadores y jerarquía.....	7
2. La situación política italiana en el siglo XV.....	11
2.1. Los Estados italianos y su difícil equilibrio	11
2.2. Los actores internacionales en las Guerras de Italia.....	15
3. El desarrollo de las Guerras de Italia.....	17
3.1. Los primeros movimientos diplomáticos	17
3.2. Las Guerras de Italia durante el reinado de los Reyes Católicos.....	19
3.3. El conflicto italiano durante el reinado de Carlos V y Felipe II.....	23
4. La diplomacia durante los conflictos italianos	29
4.1. Las vistas reales	29
4.2. Las embajadas.....	31
La formación de las embajadas modernas y su funcionamiento durante el reinado de los Reyes Católicos.....	31
Un caso práctico de diplomacia de la época: la política matrimonial de los Reyes Católicos	34
El funcionamiento y desarrollo de las misiones diplomáticas durante el reinado de Carlos V.....	36
La diplomacia de Felipe II.....	39
4.3. La evolución de la diplomacia hispánica durante las Guerras de Italia.....	39
La diplomacia de Fernando II y Carlos V: ¿modelos antagónicos?.....	40
Conclusiones.....	42
Fuentes consultadas	44

Introducción

Justificación del trabajo

El periodo que va de 1494 a 1559 es una época de grandes cambios en todos los niveles de la sociedad. Hay cambios políticos, con la configuración de unas monarquías cada vez más poderosas; sociales, con una cada vez mayor presencia de miembros de los estamentos no privilegiados en puestos de cierta importancia; culturales, como son, por ejemplo, el Renacimiento y la Reforma protestante; y económicos, gracias a los grandes descubrimientos y a los cambios en la forma de comerciar y en los productos disponibles para este fin. Todo ello hace de estos años un periodo de cambio que moldeará la forma en la que vivirán las personas en él durante varios siglos.

Todo lo citado anteriormente se ve reflejado, a mi parecer, de forma clara en los conflictos que ocurrieron en la Península Itálica. Es en esa zona donde surgen los cambios culturales y políticos más importantes y desde donde son exportados al resto de lugares de Europa. Por ello, opino que es adecuado realizar un análisis de lo que aconteció en esas tierras durante ese periodo y cómo les afectó pues es una buena forma de ver los cambios que trajo esa nueva era. Es, en definitiva, un periodo digno sin duda alguna de estudio.

Y, de todos los aspectos que sufren cambios en esos años, la diplomacia me parece que es uno de los que más importancia tienen, aunque a primera vista otros avances como los que ocurrieron en el terreno religioso o en el militar pudieran aparentar ser más importantes. Sin embargo, en mi opinión, la diplomacia es el campo perfecto en el que ver los cambios que ocurrieron en esa época ya que actúa como un espejo claro de las formas en las que la política de los siglos XV y XVI se manejaba. A un nivel más personal, el periodo histórico que abarca las Guerras de Italia siempre me ha parecido uno de los más interesantes e importantes, pero, por desgracia, siempre se ve opacado por otros acontecimientos a la hora de ser estudiado por lo que la información sobre este periodo nunca es completada de forma satisfactoria y eso era algo que quería resolver.

Objetivos y estructura del trabajo

El objetivo primordial de este trabajo es observar los cambios que se produjeron en la diplomacia durante las Guerras de Italia y los efectos que tuvieron estos cambios en el transcurso de estas. Ese análisis se hará desde la óptica de la Monarquía Hispánica ya que fue en ella donde se adoptaron más rápidamente los nuevos modos diplomáticos y es por ello el mejor espejo donde ver esos avances.

Para ello, es necesario resaltar que, si bien los sucesos militares y políticos que rodearon al conflicto no son el objeto de estudio de este trabajo, sí que son necesarios para comprender la evolución de lo que aconteció. Por lo tanto, una parte del trabajo se tendrá que centrar en el desarrollo en sí del conflicto.

Quedando aclarado este punto, el trabajo quedará estructurado en cuatro grandes capítulos.

Los dos primeros capítulos tratarán de explicar la situación de la diplomacia en los últimos años del siglo XV y, sobre todo, la situación política tanto de los principales Estados que existían en esa época como de las principales potencias extranjeras con intereses en la zona.

El siguiente capítulo tratará de describir, de una forma resumida, los principales acontecimientos que ocurrieron en las Guerras de Italia, intentando centrarse en las partes diplomáticas que llevaron a esos hechos.

El capítulo quinto, por su parte, abordará el funcionamiento de la diplomacia en la época de los conflictos italianos intentando analizar su evolución y el legado de las ideas de sus principales arquitectos.

En definitiva, como podrá verse en las conclusiones, el objetivo del trabajo será demostrar que los cambios que se produjeron en el periodo y su impacto a todos los niveles fueron vitales en la configuración de los Estados de la época.

Metodología

Para realizar este trabajo se han utilizado fuentes secundarias y escritas. Las fuentes sobre el tema de las relaciones internacionales son, ciertamente, bastante extensas. No obstante, para hablar de los cambios diplomáticos exclusivamente, esta gran cantidad de material se reduce drásticamente.

Especialmente reseñables son por todo ello las obras de Miguel Ángel Ochoa Brun y Manuel Rivero Rodríguez quienes son los dos autores que más material

especializado al respecto han escrito y por lo tanto la base de este trabajo en su parte dedicada a la diplomacia.

Con respecto a los sucesos ocurridos en las Guerras de Italia, he utilizado, aparte de las obras de los autores ya citados, diversas obras para estructurar el relato de la forma más completa y adecuada posible para las características del trabajo. Todo ello aparece adecuadamente detallado al final de este.

Estado de la cuestión

El estudio de la diplomacia y de las relaciones internacionales ha sufrido importantes cambios metodológicos a lo largo del tiempo que han afectado a la forma de encarar y comprender los hechos relacionados con este campo.

En un primer lugar, encontramos que hasta inicios del siglo XX no se da una verdadera creación de una «Historia de las Relaciones Internacionales» sino que hay una idea más centrada en el estudio de la tratadística y las relaciones entre los diversos gobernantes que se puede ver más bien como una «Historia de la Diplomática» que solo se centra en toda la información obtenible de los diferentes documentos que se conservaban de las relaciones entre los Estados.

Esta visión fue cambiando desde el final de la Primera Guerra Mundial y el periodo de entreguerras dándose en esa época los primeros pasos para abordar de otra forma la diplomacia. Sin embargo, no sería hasta mediados de siglo cuando Pierre Renouvin cambiaría la forma de ver las relaciones internacionales con obras que se centran más en las relaciones entre los pueblos, más allá de las relaciones entre sus soberanos.

Con respecto a la historiografía española, cabe destacar que el interés por este campo de la historia comenzó a hacerse más palpable a partir de finales de la década de 1980 con autores como Miguel Ángel Ochoa, Ángel Viñas o Celestino del Arenal. Todos ellos, cogiendo ideas de la historiografía extranjera al respecto, dieron un salto cualitativo en este tipo de investigaciones desde diferentes campos de vista: sociológico, político o económico.

Finalmente, debo hacer mención a los estudios del periodo en concreto de las Guerras de Italia. Al ser uno de los conflictos que más marcaron las primeras décadas de la Edad Moderna, numerosos autores lo han estudiado desde diferentes ángulos. Numerosos estudios se han acercado a los acontecimientos históricos que ocurrieron en esta época y han sido vistos desde todas las corrientes historiográficas existentes a día

de hoy. Una vez más, son destacables a este respecto los trabajos de Manuel Rivero sobre la realidad política, económica social y cultural de la Península Itálica en la época.

1. La diplomacia a finales del siglo XV

1.1. Estado, patrimonio y dominio

Para entender cómo se desarrolló la diplomacia a lo largo de los primeros siglos de la Edad Moderna hay que analizar el tipo de poder que ejercían los príncipes¹ sobre los territorios que regían y cómo se esperaba que actuaran para defender sus intereses.

En primer lugar, hay que remarcar la concepción que se tenía en los siglos XV y XVI de la idea de Estado, la cual era diferente a la que tenemos hoy en día. Esta idea de Estado tenía claras reminiscencias del régimen feudal que rigió los territorios de la Europa medieval durante siglos, lo cual queda patente cuando se ve que el fundamento de estas sociedades está basado en una fuerte división social que le atribuía a cada grupo un objetivo y función específicos. De esta forma, estado era una condición social, es decir, noble, eclesiástico o plebeyo que eran las tres divisiones principales de la sociedad del Antiguo Régimen².

Sin embargo y, por otra parte, Estado equivalía también al dominio que tenía un señor sobre un territorio. Dependiendo del tamaño e importancia de las zonas que manejase el señor su importancia y *status* variaban lo que creaba una auténtica amalgama de cargos y títulos con diferentes grados de prestigio e independencia. Esto último tenía una consecuencia muy importante en el marco de las relaciones internacionales: las diferentes potencias de la época no se consideraban como iguales entre sí ya que, en muchos casos, las funciones y poderes de los gobernantes que participaban en la política exterior estaban (al menos, en teoría) supeditados a poderes y normas que eran superiores a su rango³.

Un ejemplo de este punto serían los dos poderes de carácter universal que habían perdurado durante toda la Edad Media y a los cuales debían lealtad y sumisión casi todos los príncipes de la época de una forma u otra: el Imperio y el papado. Ambas instituciones se arrogaban unas facultades universales (terrenal en el caso del Sacro Imperio y espiritual en el caso de la Santa Sede) que podían delegar en otros para que

¹ A lo largo de todo el texto me referiré indistintamente a los diversos gobernantes de la época como, gobernantes, soberanos o príncipes sin que esto signifique un título específico.

² RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 2000, p. 10.

³ *Ibidem*, p. 11.

gobernasen distintos territorios en su nombre. Estos príncipes eran una especie de «delegados» que, por lo tanto, estarían obligados a obedecer a quien le hubiese dado su *potestas*; sin embargo, esto no siempre ocurría. Este tipo de dominio y los conflictos que acarrea serían especialmente patentes en Italia y constituirán uno de los principales puntos de conflicto entre los diversos contendientes del periodo de las Guerras de Italia⁴.

Además del problema que podía suponer en el ámbito internacional el hecho de que hubiese diferencias de rango entre los Estados, había que sumar también que el dominio de los señores en un territorio no estaba delimitado claramente y que las diferentes posesiones que tuviera podían convertirlo en vasallo de otro señor o poder con el que, a la vez, tuviese otro tipo de relaciones. Esto daba lugar a múltiples soberanías entre distintos príncipes que desencadenaban diversa clase de conflictos. Ejemplo claro de este tipo de soberanías compartidas lo encontraríamos en el reino de Nápoles bajo el reinado de los diferentes reyes de las casas Trastámara y Austria y su relación con la Santa Sede y sus territorios. Por su título de reyes de Nápoles, estos monarcas debían vasallaje al papa a la vez que, también, le debían una obediencia espiritual como cristianos católicos, pero, por otra parte, eran reyes extranjeros con respecto a Italia por los diversos territorios que poseían y que no estaban sometidos a ningún tipo de vasallaje temporal al papado⁵.

Todas estas consideraciones llevaban a los diferentes soberanos de Europa a actuar siguiendo «una política de Estado» que se basaba en mantener y agrandar los territorios que tenían en dominio o patrimonio para así poder relacionarse de una forma pareja con sus pares en la esfera internacional a través de diferentes pactos, trueques, alianzas o matrimonios que marcaban el devenir de los acontecimientos políticos de esos siglos.

Para poder mantener todo este conjunto de relaciones, se hacía indispensable generar una cierta correspondencia y relación entre los diversos actores políticos y, también, tener de antemano, y por medio de fuentes fiables, información con respecto a los posibles sucesos y decisiones que rodeasen a los diferentes príncipes. Por todo ello se fue haciendo cada vez más imperativo el reforzar las redes diplomáticas que se

⁴ De hecho, muchos de los filósofos y estudiosos de la política coetáneos de estos conflictos, resaltaban esta cualidad de los Estados italianos como uno de sus puntos más débiles tal y como dejó claro Maquiavelo en su obra.

⁵ RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia...*, *op. cit.*, p. 11.

habían ido tejiendo a lo largo de los años pero que, a finales del siglo XV, aún eran muy incipientes.

1.2. La diplomacia del Renacimiento: corte, embajadores y jerarquía

Para entender la idea de diplomacia que se tenía en los años finales de la Edad Media y en la primera mitad del siglo XVI debemos abordar el funcionamiento de las cortes de los diversos soberanos de la época. Desde los trabajos de Norbert Elias sobre la evolución de la vida cortesana, podemos afirmar que la corte era un entramado social propio y que se sustentaba a través de las relaciones entre individuos con una clara interdependencia y que generaba una serie de importantes vínculos entre ellos que eran regidos por unas costumbres y códigos muy determinados⁶.

Esta estructura social, no obstante, no se circunscribía de ningún modo a la vida cotidiana dentro de ella, sino que traspasaba ese ámbito y terminaba rigiendo la vida de los súbditos del príncipe. Al estar hablando de un mundo en el cual la concepción de los Estados era patrimonial, nos encontramos con el hecho de que es la propia corte la que dirige y moldea al resto de la sociedad siguiendo las ideas de propiedad y dinastía de los soberanos.

Así pues, podemos ver que el control y funcionamiento doméstico de la corte podía trasladarse sin problemas a los cargos públicos del Estado de forma que los cargos de la corte apenas se diferenciaban de los cargos públicos. Esto se aplicaba también a la diplomacia entre diversos Estados que, al fin y al cabo, eran las relaciones entre dos casas que se relacionaban a través de pactos o alianzas.

Claramente, el poder del soberano era absoluto en la corte por lo que podía ascender o hacer caer en desgracia a sus cortesanos como él estimase oportuno. Estas tácticas incluían la ocultación de sus intenciones a sus súbditos para poder manipularles y obligarles a estar siempre alerta y en duda de cuáles eran sus verdaderos deseos⁷.

Toda esta situación daba lugar a que el ingreso en una corte fuese tremendamente complejo y que fueran necesarias para lograrlo una serie de características que convertían a la persona que lo consiguiese en un epítome del cortesano. Este era el caso de los diplomáticos que viajaban a una corte diferente a la suya propia para representar a su señor.

⁶ *Ibidem*, p. 22.

⁷ *Ibidem*, p. 23.

La función clara de los diplomáticos renacentistas en las cortes extranjeras era la de defender la integridad patrimonial de los Estados de sus soberanos ante sus aliados o rivales, para lo cual requerían un conocimiento y habilidad para anticipar las intenciones y conspiraciones del príncipe y de sus cortesanos. La necesidad que tenían estas personas de diferenciar entre lo que era mera apariencia o fachada cortesana y las verdaderas intenciones de la corte eran vitales para los diplomáticos de la época, que debían informar de todo ello a sus señores con el fin de que estos pudieran actuar de una forma más certera.

Sin embargo, a pesar de su clara importancia en el correcto funcionamiento de los planes de los soberanos de toda Europa, encontramos que, durante gran parte del periodo moderno, la figura del embajador o diplomático fue muy difusa tanto en importancia como en funciones⁸.

El primer punto que dificulta cualquier análisis del campo es la disparidad de títulos que se utilizaban para definir este tipo de funciones (*orator, missus, nuncio* o embajador son solo algunos ejemplos). Además, en un principio, las embajadas diplomáticas no eran permanentes, por lo que solo se circunscribían a una misión completa, como por ejemplo lograr un acuerdo entre los dos príncipes, y luego regresaban a su lugar de origen.

Esta característica de los primeros embajadores nos sirve para definirlos como una especie de «encargados de negocios»⁹ que usaban los poderes que les otorgaban las diversas capitulaciones, cartas y diplomas para tratar un asunto concreto y de gran importancia para su señor. Sin embargo, para conseguir estos acuerdos se hacía necesario en muchas ocasiones estar al tanto de lo que ocurría en la corte que se iba a visitar y, lo más importante, a qué cortesanos había que atraer para poder convencer al príncipe de que aceptase el trato que se buscaba.

Para todo esto no podía bastar solo con la información que consiguiera una delegación de estas características, por lo que se fue haciendo imprescindible la existencia de una serie de enviados permanentes en las cortes que recabasen apoyos y manejasen la información necesaria de una forma mucho más continua e íntima. Esta figura de los enviados permanentes comenzó a darse en el siglo XV en Italia y se

⁸ *Ibidem*, pp. 27-28.

⁹ «*Incaricati d'affari*». *Ibidem*, p. 31.

expandió al resto de Estados europeos con diferente grado de aceptación y continuidad¹⁰.

No obstante, la figura del enviado permanente despertaba no pocos recelos en las cortes: su papel fundamental era la obtención de información de estas y, también, el de implicarse en las diferentes tramas que pudieran beneficiar a la causa de sus soberanos. No es de extrañar, pues, que en muchos tratados y demás escritos de la época se los considere como espías y gente de escasa confianza de las cuales los príncipes debían cuidarse¹¹.

Esto se traducía en el estatus de estas personas, mucho más ambiguo y con mucha menos protección de la que disponían los embajadores temporales, cuyos objetivos seguían complementando las labores mucho más sutiles de los enviados permanentes.

En todos estos asuntos era vital la ya mencionada idea de jerarquía entre los distintos Estados que enviaban representantes a las diversas cortes. Estos embajadores eran vistos como las *encarnaciones* de quienes los enviaban, por lo que el trato que se le diera a uno con respecto al resto atendiendo a sus estatus era percibido como una declaración política de intenciones de la corte y de su soberano con respecto a ese Estado en concreto.

Esta importancia protocolaria se convirtió a lo largo de la Edad Moderna en fuente de no pocos conflictos entre las embajadas rivales que podían devenir incluso en conflictos diplomáticos serios entre diversos Estados¹².

Todas estas relaciones y sucesos que acaecían en las cortes eran enviados a las cortes de las que eran originarios los diplomáticos de formas muy diversas y variadas con respecto a la regularidad con la que se hacía y la confidencialidad con la que se enviaban los mensajes.

En primer lugar, la costumbre de los embajadores de esa época era la de enviar los mensajes o las peticiones a sus soberanos con una regularidad bastante laxa, lo que les daba una gran libertad a la hora de tomar las decisiones que creyeran oportunas. Por otra parte, encontramos que, cuando enviaban estos mensajes, lo hacían con una

¹⁰ *Ibidem*, p. 29.

¹¹ *Ibidem*, p. 31.

¹² *Ibidem*, pp. 12-16.

importante cautela y con métodos de cifrado específicos para que sus cartas no pudiesen ser descifradas.

Estos métodos de cifrado se convirtieron en un elemento muy común de la diplomacia de la Edad Moderna. Estos modelos de cifrado llevaban usándose toda la Baja Edad Media, pero se popularizaron entre las diversas cortes del siglo XV y fueron modificándose para adaptarse a los textos cada vez más largos y complejos que requerían el envío de estas instrucciones¹³.

Todo este sistema tan complejo no era apoyado, sin embargo, por una educación específica para estos diplomáticos. No había una auténtica «carrera diplomática», sino que se trataba de una serie de cortesanos que representaban a sus líderes usando sus capacidades desarrolladas en sus cortes. Esto fue cambiando con el tiempo, en parte gracias a la proliferación de tratados y publicaciones basadas en las diferentes experiencias de los embajadores que habían servido en cortes extranjeras y que legaban sus conocimientos y consejos para desenvolverse con soltura en ese oficio y, en casos concretos, información importante sobre las cortes en las que habían estado.

Especialmente importantes en este último campo fueron las prácticas de algunos Estados italianos como Mantua o la república de Venecia, que dejaron por escrito una gran cantidad de información. En el caso mantuano encontramos el ejemplo de una gran cantidad de información sobre los miembros de la corte de Felipe II y sus características principales. Por otra parte, tenemos el caso veneciano que, siguiendo un modelo propio de su sistema de gobierno, daba mucha importancia a los informes que presentaban los embajadores ante el Senado cuando terminaban sus misiones diplomáticas. Estos informes se centraban en aspectos clave de los Estados en los que habían estado los diplomáticos, pero permitían tener un cuadro muy completo sobre las intenciones, temores y anhelos de los príncipes extranjeros, lo que nos permite ver con gran profundidad el desarrollo de estas relaciones¹⁴.

¹³ VILLANUEVA MORTE, Concepción, FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro, *El embajador Claver: diplomacia y conflicto en las «Guerras de Italia» (1495-1504)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2020, p. 20.

¹⁴ RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia...*, op. cit., pp. 33-35.

2. La situación política italiana en el siglo XV

2.1. Los Estados italianos y su difícil equilibrio

Como se ha mencionado en algunos puntos de los anteriores apartados, la incipiente diplomacia moderna comenzó a dar sus primeros pasos en las cortes de los diferentes Estados italianos del siglo XV. Tal hecho no es sorprendente si se tiene en cuenta el contexto y características que rodeaban a la Península Itálica de la época.

En primer lugar, hay que hacer hincapié en la idea de que, tal y como dijo en el siglo XIX el austriaco Metternich, Italia era «una expresión geográfica»¹⁵, es decir, no existía en esa época un único estado italiano ni había una idea muy clara de pertenencia a algo remotamente parecido a un Estado italiano unificado. En su lugar había una serie de estados muy diferentes entre sí tanto en tamaño y poder como en forma de gobierno.

Esta situación venía dándose desde la Edad Media, sobre todo desde los fallidos intentos del emperador Federico II y de su hijo ilegítimo, Manfredo de Hohenstaufen, en el siglo XIII por someter el territorio italiano a la autoridad imperial que, teóricamente, era la legítima. Estos intentos habían culminado en una serie de desencuentros entre el papado y el Imperio que se añadieron a la cada vez más grande lista de agravios que ambas instituciones se reprocharon durante todo el periodo. El resultado de la derrota de los Hohenstaufen fue claro: en las décadas siguientes a la batalla del Benevento¹⁶ las cada vez más libres ciudades italianas comenzaron a acaparar más poder y a enfrentarse entre ellas mientras el poder del papado también comenzaba un rápido declive que lo llevaría a trasladar su corte de Roma a Aviñón con la consiguiente fragmentación de los territorios ligados a la Santa Sede entre diversas familias nobles locales¹⁷.

A la cada vez mayor independencia de estas ciudades se unió el ascenso a sus gobiernos en muchas ocasiones de una serie de personas o familias que acapararon gran parte del poder sin acabar con las estructuras anteriores o creándose auténticas oligarquías que controlaban estas ciudades.

Como consecuencia de todo esto, durante la Baja Edad Media nos encontramos con una serie de Estados cada vez más numerosos pero que debido a su pequeño poder

¹⁵ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal*, Barcelona, Ariel, 1.ª ed., 2002, p. 155.

¹⁶ Batalla entre las tropas de Manfredo de Hohenstaufen y Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia que había acudido a enfrentarse al primero a petición del papa. La batalla se decantó por el lado francés y Manfredo acabó muriendo en la contienda.

¹⁷ DUGGAN, Christopher, *Historia de Italia*, Madrid, Akal, 2.ª ed., 2017, pp. 57-58.

y población serían rápidamente absorbidos por los estados más grandes, que llegaron a aumentar mucho su territorio e influencia.

Cada uno de estos Estados estaba regido según sus propias normas y con diferentes alianzas y objetivos. Así, por ejemplo, encontramos repúblicas que, a pesar de las numerosas luchas intestinas que padecieron, pudieron asegurar un territorio y una política propias. El caso veneciano es bastante especial ya que lograron crear un Estado bastante amplio que incluía zonas de los Balcanes e islas del mar Egeo y para mantener ese territorio no solo recurrieron a las armas, sino que fortalecieron su diplomacia hasta convertirla en una de las referentes del mundo occidental¹⁸.

No obstante, también se puede encontrar en la Península Itálica del siglo XV el caso de repúblicas cuyo sistema institucional cada vez estaba más dañado por la acción de las grandes familias del lugar que buscaban aumentar su poder. Es el caso de la república de Florencia, la cual comenzaría en esta época un proceso de cada vez mayor subyugación hacia la familia Medici¹⁹ que culminaría en el siglo XVI cuando estos alcanzasen la cima de su poder al alcanzar varios de sus miembros el cargo de papa y conseguir el reconocimiento de su gobierno hereditario sobre Florencia como grandes duques de Toscana²⁰.

Por otra parte, también encontramos en suelo italiano feudos imperiales que eran regidos en teoría por familias vasallas del emperador y del Sacro Imperio. Es el caso del ducado septentrional de Milán, cuyo gobierno correspondió durante buena parte de su existencia a la casa Visconti hasta que esta familia fue sustituida por los Sforza. La situación y potencia de su ejército le permitió dominar a gran parte de los señoríos pequeños del valle del Po y construir un pequeño imperio en el norte italiano²¹.

Sin embargo, su posición era muy delicada a finales del siglo XV ya que se encontraba muy cerca de Francia y sus reyes reclamaban su soberanía sobre el ducado²², lo que a la larga le llevó a ser uno de los puntos de disputa más conflictivos de las Guerras de Italia y a que acabase perdiendo su independencia²³.

En el sur de Italia se encontraba el reino de Nápoles que se convirtió en el punto de conflicto más importante de las primeras Guerras de Italia. Este reino había formado

¹⁸ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., pp. 156-157.

¹⁹ DUGGAN, Christopher, *Historia de Italia...*, op. cit., p. 62.

²⁰ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., p. 157.

²¹ DUGGAN, Christopher, *Historia de Italia...*, op. cit., p. 59.

²² Por el matrimonio de Luis de Orleans con Valentina Visconti en el año 1389. *Ibidem*, p. 72.

²³ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., p. 157.

parte del reino de las Dos Sicilias, que reunía en la misma corona a las tierras de Nápoles y de Sicilia. Sin embargo, ambos territorios habían quedado separados tras la Guerra de las Vísperas Sicilianas que, en el siglo XIII, había enfrentado a Francia y Aragón, quedando el conflicto resuelto cuando la dinastía francesa de los Angevinos se adueñó del reino de Nápoles mientras que Sicilia pasó a manos de Aragón.

Sin embargo, la situación de este reino cambiaría cuando Alfonso V de Aragón lo conquistara en el año 1416 y asentase a una rama secundaria de su familia al entregarle a su hijo ilegítimo el trono napolitano²⁴. Este suceso desencadenó no pocos conflictos entre Aragón y el resto de potencias de Italia que vieron una amenaza en el expansionismo aragonés²⁵.

Finalmente, el Estado más atípico de los que conformaban la amalgama política de la Península Itálica eran los Estados Pontificios, cuya situación en el siglo XV hay que diferenciarla en las dos vertientes que tenía su autoridad: la vertiente terrenal como señor de los Estados Pontificios y la vertiente espiritual como líder de la cristiandad católica.

La situación del papa con respecto a su poder temporal era calamitosa, ya que gran parte de sus dominios estaban controlados por *condottieri* o grandes familias que ejercían su influencia incluso en la Curia, lo que convirtió al Sumo Pontífice en uno de los señores italianos más débiles de la época a nivel de su control territorial. Ante esto hubo intentos por parte de algunos papas como Alejandro VI o Julio II de reforzar su poder, pero con escasos y efímeros resultados²⁶.

Frente a esta clara debilidad terrenal, la Santa Sede intentó hacer valer su autoridad moral como líder de la cristiandad frente a la amenaza que suponía el naciente Imperio otomano, que había destruido al Imperio bizantino y ocupado Constantinopla en 1453. Tal suceso se sumó a los intentos de Roma por volver a ganar el prestigio perdido tras el Cisma de Occidente y dio lugar a la revitalización de un ideal que se había ido perdiendo con el paso de la Edad Media: la idea de Cruzada.

Esta idea de Cruzada reforzaba al papado en su punto más importante, es decir, la idea de poder universal antes mencionada y que le permitía actuar como aglutinador de toda la cristiandad y luchar por la evangelización a una escala global. Esto le dotaba

²⁴ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna*, Barcelona, Ariel, 1.ª ed., 2002, p. 151.

²⁵ DUGGAN, Christopher, *Historia de Italia...*, op. cit., p. 71.

²⁶ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., p. 156.

a la institución de una fuerza carismática bastante notable que usó no solo para unir a los diversos poderes europeos contra el Turco, sino también para asegurar sus objetivos en otros campos como el de la lucha por el dominio en Italia²⁷.

La idea de Cruzada de la época no solo se circunscribía a la lucha contra el infiel, sino que abarcaba cualquier acto de defensa que necesitase la Iglesia y, por lo tanto, el papado. Así pues, el papa intentó usar este recurso para favorecer sus intentos de luchar contra aquellos señores que se enfrentaban a él en los Estados Pontificios. De esta forma forzaba a los italianos a unirse entre sí a pesar de sus rivalidades, como cristianos que defienden a la Iglesia de un ataque.

El punto en común de todos estos Estados era el intentar a toda costa mantener un equilibrio entre sí para evitar que uno de ellos pudiese dominar al resto o que la debilidad de todos ellos por separado llamase la atención de potencias exteriores que tenían, como veremos más adelante, muchos intereses en la región.

Esta idea de mantener el *statu quo* fue lo que permitió desarrollar un sistema de alianzas, auspiciado por el poder moral y espiritual del papa y del ideal de Cruzada, y que se convertiría en la forma de alianza común durante todos los conflictos siguientes: las ligas.

No obstante, la primera de estas ligas ya mostró los límites de este sistema. Aunque las negociaciones permitieron alcanzar en 1454 una paz, la conocida como Paz de Lodi, entre los diferentes gobiernos de la Península Itálica, pronto las rivalidades entre ellos y los consecuentes conflictos volvieron a aflorar mostrando la tremenda inestabilidad que había en la zona²⁸.

²⁷ RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia...*, *op. cit.*, pp. 37-38.

²⁸ *Ibidem*, pp. 38-40.

2.2. Los actores internacionales en las Guerras de Italia

Si la situación diplomática entre las diversas potencias locales italianas era tensa, las relaciones entre los diversos poderes extranjeros que estaban interesados en reforzar su posición en la zona no lo eran menos.

Estos Estados, mucho más grandes y poderosos que los pequeños territorios regidos por los príncipes italianos, aspiraban a controlar esta región que les daba claros beneficios tanto estratégicos (el control de la Península Itálica era clave para controlar el Mediterráneo) como de prestigio. Por todo ello, no es de extrañar que los tres grandes reinos de la época: Francia, el Sacro Imperio Romano Germánico y la Monarquía Hispánica de los Reyes Católicos, estuviesen interesados en controlar esta región.

Los Reyes Católicos

Los cambios que se produjeron en las últimas décadas del siglo XV en los reinos de la Península Ibérica fueron muchos y terminarían afectando a todos los Estados de Europa.

La unión dinástica de las Coronas de Castilla y Aragón gracias al matrimonio en 1469 de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, que con el tiempo ascenderían al trono de sus respectivos Estados, supuso la unión de dos de las principales potencias del territorio peninsular y un impulso para las políticas exteriores de ambas.

Mientras que la política castellana de la época, tras la victoria isabelina en la guerra de sucesión castellana y la toma de Granada en 1492, se centraba en la expansión por el océano Atlántico y el norte de África, la política aragonesa siempre había tenido unas aspiraciones mucho más ligadas al Mediterráneo e Italia.

De hecho, como ya se ha mencionado anteriormente, la línea de los Trastámara de Aragón ya estaba presente en la Península Itálica en la figura del hijo ilegítimo de Alfonso V, Ferrante I de Nápoles, sin contar con el reino de Sicilia, que era propiedad de la Corona de Aragón y del cual Fernando era rey desde su casamiento²⁹.

Algo muy importante a tener en cuenta era, no obstante, el origen ilegítimo de la familia real napolitana. Esto hacía que sus relaciones con la Corona de Aragón fuesen muy estrechas, pero que no estuvieran exentas de fricciones por el hecho de que el rey de Aragón pensase que sus reclamaciones sobre el trono napolitano eran más justas que las de la rama bastarda de su familia.

²⁹ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia de España...*, op. cit., p. 151.

Por supuesto, esta clara preferencia de la política aragonesa por Italia no quiere decir que Castilla no estuviese interesada en lo que ocurriera allí, pero el interés de este reino en esa zona estuvo limitado hasta entonces en mantener las relaciones con los Estados Pontificios y el papa como líder espiritual de la cristiandad occidental. Sin embargo, la creciente ambición francesa sobre Nápoles y la unión con Aragón cambiaron esta percepción de la política castellana, que se implicó de forma decidida en los sucesos que estarían por ocurrir.

Francia

El otro gran contendiente que va a protagonizar los conflictos en Italia durante todo el periodo va a ser Francia, que tras la Guerra de los Cien Años se había fortalecido hasta ser la mayor potencia continental del momento.

Además de esta clara fortaleza, los reyes franceses habían presentado desde hacía siglos diversas reclamaciones sobre el trono napolitano y sobre Sicilia, lo cual acrecentaba la rivalidad con la Corona de Aragón. A esta rivalidad se le añadía el conflicto por diversas regiones más allá de los Pirineos, como eran los territorios de Rosellón y Cerdeña³⁰, los cuales serían moneda de cambio entre Aragón y Francia en estos años.

Así pues, cuando el rey de Francia Carlos VIII decidió emprender la conquista de Nápoles sabía que tenía que llegar a un mínimo acuerdo con los Reyes Católicos (y, en especial, con Fernando II) para evitar su entrada en el conflicto. Todo esto daría inicio, como se verá más adelante, a una importante movilización de la diplomacia francesa para conseguir evitar la intromisión de la mayor parte de los agentes externos.

El Sacro Imperio Romano Germánico

El Sacro Imperio Romano Germánico era, en teoría, el legítimo señor de la mayor parte de los territorios del norte de la Península Itálica como, por ejemplo, del ducado de Milán. Sin embargo, desde las ya mencionadas derrotas de los últimos Hohenstaufen el Imperio había ido perdiendo el control de estos Estados hasta el punto de que, a finales de la Edad Media, el gobierno del Sacro Imperio en esas zonas era simbólico.

Aun así, la potencia militar que era el Imperio y sus derechos sobre esos territorios lo convertían en un actor bastante importante en la política italiana del

³⁰ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo IV. Los Reyes Católicos*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2003, p. 60

momento y, además, su rivalidad con Francia no había parado de crecer también, no solo por los conflictos en Italia, sino que, además, cada vez hubo más conflictos en otros territorios que eran propiedad de los Habsburgo, tales como Borgoña o los Países Bajos³¹.

3. El desarrollo de las Guerras de Italia

3.1. Los primeros movimientos diplomáticos

Las tres potencias anteriormente citadas eran las que, por unas razones u otras, tenían un mayor interés en Italia. Ello hizo que su diplomacia se desarrollara mucho para hacer frente a los conflictos que amenazasen sus intereses en el lugar.

Había, sin duda alguna, un punto central en el que todos ellos tenían diplomáticos y embajadas del máximo nivel: Roma, que, como sede del papa, era el lugar donde podía decidirse para quién se decantaba la balanza, habida cuenta del poder moral del que disfrutaba el papado, que era quien coronaba a los reyes en última instancia. Ejemplo de esta importancia es el hecho de que los Reyes Católicos tuvieran una embajada permanente en la capital pontificia durante buena parte de su reinado.

No obstante, la realidad es que los movimientos iniciales que terminarían desembocando en la guerra no se dirigieron desde Roma, sino que las primeras iniciativas las llevó a cabo aquel que más interés tenía por conseguir el trono napolitano, es decir, el rey Carlos VIII de Francia.

El rey francés ambicionaba controlar el sur italiano desde hacía tiempo, por lo que decidió intentar deponer al rey de Nápoles. Para ello necesitaba el apoyo del papa como señor del rey de Nápoles y la no intervención de Fernando el Católico y del emperador Maximiliano en el conflicto.

La debilidad del papa en el panorama europeo les permitió rápidamente vislumbrar a los franceses que el soberano de los Estados Pontificios no tenía aliados reales en Italia y que este no sería *a priori* un problema. En el caso de los otros dos grandes soberanos sí que fue necesario desplegar una importante red diplomática que alcanzase una serie de acuerdos que beneficiasen al rey francés en su objetivo.

³¹ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., pp. 159-162.

En el caso de Maximiliano, la firma en 1493 del tratado de Senlis, por el que le devolvía el Franco Condado y Artois, permitió asegurar la neutralidad inicial del Sacro Imperio³².

Llegar a un acuerdo con Fernando II también era imprescindible, pero, si cabe, aún más complejo debido a los muchos años de rivalidad francoaragonesa. Las negociaciones giraron, sobre todo, en torno a la cuestión de la devolución de Rosellón y Cerdeña al rey de Aragón. Estos territorios habían sido ocupados por Francia durante el reinado de Juan II y desde entonces la Corona de Aragón había intentado recuperarlos de todas las maneras posibles.

Las negociaciones que llevarían al tratado de Barcelona de 1493, se basaron en este intento del monarca francés por evitar un conflicto con la Monarquía Hispánica a la vez que los Reyes Católicos buscaban normalizar las relaciones con un enemigo muy poderoso que se encontraba en su frontera norte y que ya había intervenido en anteriores conflictos en contra de sus intereses³³.

El acuerdo fue fruto de una larga negociación en la que destacaron los nombres de algunos de los representantes de lo que más tarde se convertiría en el pilar de la diplomacia hispana en Italia. Además, para llegar a estas mismas negociaciones se había dado una fuerte campaña diplomática años atrás para aislar diplomáticamente a los franceses enviando misiones diplomáticas a Navarra, Inglaterra o Bretaña. Esto da muestra de una actividad diplomática muy enérgica por parte de los Reyes Católicos y que dio los resultados esperados.

Este tratado fue el primer movimiento diplomático del conflicto italiano y venía a suavizar las relaciones de Francia con Castilla y Aragón. Los firmantes se comprometían a no atacarse entre sí y a mantener la neutralidad en las guerras en las que se involucrasen. Fernando e Isabel renunciaban a apoyar los movimientos independentistas de Bretaña mientras que Carlos VIII devolvía Rosellón y Cerdeña al Rey Católico.

Sin embargo, el tratado de Barcelona contenía una cláusula por la cual se debía defender al papa en caso de un ataque, aunque este ataque proviniese del otro firmante. Esta cláusula era típica de todo acuerdo entre cristianos ya que tenían la obligación de

³² RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia...*, *op. cit.*, p. 43.

³³ El ejemplo más claro de este apoyo a los enemigos de los Reyes Católicos fue la ayuda que prestó Francia a Portugal y a los partidarios de Juana de Castilla durante la Guerra de sucesión castellana.

defender a la Iglesia de cualquier ataque, pero, en esta ocasión, se convertiría en la causa del inicio del conflicto hispanofrancés en tierras italianas³⁴.

3.2. Las Guerras de Italia durante el reinado de los Reyes Católicos

La expedición militar de Carlos VIII de Francia para conquistar el reino de Nápoles significó el comienzo de la primera parte de las que posteriormente serían conocidas como Guerras de Italia. El ejército francés avanzó, en primer lugar, porque Milán le dio permiso para atravesar su territorio. Esto fue posible gracias a los ya mencionados contactos franceses con todos aquellos que pudiesen ayudarle en sus objetivos.

En el caso concreto de Milán, podemos observar una de las mayores pruebas de que la actividad diplomática de los Reyes Católicos era fruto de un proceso muy largo de acercamiento entre diversas potencias que buscaba como objetivo bloquear al rey francés, pero también se aprecia que estas alianzas eran totalmente mutables y muy susceptibles de desmoronarse.

Esta idea de unir a los Estados de la Península Itálica ya venía fraguándose desde la época de Juan II de Aragón, que había intentado mantenerse en buenos términos con los Sforza e intentar pacificar las relaciones de estos con Nápoles. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos llevados a cabo no se pudo evitar que Ludovico Sforza pactase con Carlos VIII su entrada en Italia a cambio de su confirmación como duque de Milán.

Ante el movimiento del rey de Francia, las potencias italianas se vieron totalmente superadas ante un ejército muy superior a los que ellas podían reunir. Esto causó mucha preocupación en especial en la Santa Sede, donde Alejandro VI veía peligrar su autoridad e incluso su trono papal ante Francia.

No obstante, la diplomacia de los reyes de Castilla y Aragón ya estaba en movimiento para tratar de evitar la toma de Nápoles. Para ello, Fernando II pensó en que era necesario en primer lugar reforzar los lazos diplomáticos con Italia, a la vez que se trataba de disuadir a Carlos VIII de sus ambiciones. Con el fin de alcanzar este objetivo se enviaron diversas delegaciones diplomáticas a las naciones más implicadas en el conflicto.

³⁴ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo IV...*, op. cit., pp. 59-69.

Mientras se daban estos movimientos en Italia, los embajadores enviados a convencer a Carlos VIII de que no invadiera Nápoles estaban siguiendo a su ejército rumbo a la Península Itálica. La negativa a cambiar sus intenciones por parte del francés resultaba bastante clara. Mantener el acuerdo firmado entre Aragón y Francia, en esta situación era imposible por lo que una delegación diplomática al mando de Juan de Albión y Antonio de Fonseca, rompieron ante el rey francés, de forma simbólica y, seguramente, acordada de antemano con Fernando, el tratado de Barcelona y declararon la guerra a Francia.

Ante esta declaración de guerra, los planes de los Reyes Católicos frente a Francia se aceleraron: era necesario crear una alianza entre los diversos Estados italianos junto con otras potencias extranjeras que derrotase al ejército invasor. Para ello era vital la participación de Milán, Roma y Venecia.

El resultado de todas estas arduas gestiones fue la creación en 1495 de la Liga Santa o Liga de Venecia³⁵: una alianza formada por los Reyes Católicos, el emperador Maximiliano (a quien se había atraído, aparte de por el peligro que representaba para él el engrandecimiento de Francia, con una política matrimonial que se convertiría en vital y que será explicada posteriormente), Roma, Milán y la república de Venecia. La defensa de los miembros de la alianza era el objetivo público de esta, aunque en sus cláusulas secretas se dejaba claro un plan cuyo objetivo era derrotar a Francia y acabar con su amenaza.

Los numerosos combates de diversa intensidad que se dieron en este primer conflicto culminaron con la expulsión de los franceses de Italia. Sin embargo, esto no se tradujo en que los planes de Fernando se materializaran con su coronación como rey de Nápoles, ya que el rey Ferrante II continuó gobernando en ese reino³⁶.

Aun así, la reputación de Fernando II, un aspecto al que este daba mucha importancia, creció bastante dándole fama de ser un rey defensor del papa y de la

³⁵ Este nombre le viene de haber sido en esa ciudad donde se firmaron los tratados que conformaban la alianza.

³⁶ PRESCOTT H., William, *Historia del reinado de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007, en línea, < <http://www.cervantesvirtual.com/obra/historia-del-reinado-de-fernando-e-isabel-los-reyes-catolicos--0/> > [última consulta: 06/05/2021], pp. 345-362.

cristiandad entera, siendo visto casi como un monarca mesiánico³⁷, por no hablar de las importantes alianzas que había cimentado con los matrimonios de sus hijos.

Sin embargo, la paz en la Península Itálica era muy frágil y las relaciones entre los diversos poderes interesados en la zona volvieron a tensarse con la muerte de Carlos VIII y el ascenso al trono francés de su primo Luis XII, que tenía algunos derechos sobre Milán y, por ello, se había hecho titular en su coronación como duque de Milán y, también, como rey de Nápoles, lo que presagiaba que sus aspiraciones sobre la Península Itálica no eran muy diferentes a las de su predecesor.

Por su parte, los miembros de la Liga Santa, empezaron a tener conflictos entre sí, lo que debilitó su alianza y le permitió a Francia mejorar sus relaciones con algunos de ellos para evitar que volvieran a entrometerse en sus planes de conquista.

Los Reyes Católicos intentaron evitar quedar aislados diplomáticamente, pero debido a su creciente poder y los recelos que despertaba este en la zona, tuvieron escasos resultados. Tanto ellos como Maximiliano perdieron a la mayoría de sus antiguos aliados italianos, a lo que se sumó el acercamiento de Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano y esposo de Juana, hija y heredera de Fernando e Isabel, a la potencia enemiga del resto de su familia.

No obstante, el que peor situación tenía era el rey Federico de Nápoles. Viendo como muchos de sus rivales tenían claras intenciones de derrocarlo y adueñarse de su reino, buscó aliados en todos los lugares posibles llegando a entablar negociaciones con el Imperio otomano. Esta decisión sería, sin embargo, la excusa perfecta para sus rivales.

Para salir de su aislamiento y conseguir algún beneficio de la situación, Fernando II decidió cambiar de estrategia: si no podía enfrentarse al francés por la falta de aliados, se aliaría con este para repartirse el reino de Nápoles. Este plan se tradujo en el tratado de Granada firmado en el año 1500. El éxito de estas negociaciones se mantuvo en secreto para la mayor parte de aliados para evitar que Nápoles pudiese defenderse.

El acuerdo pactaba la división del reino de Nápoles y la deposición de su rey por orden del papa, quien tuvo que aceptar la situación ante el poder que Fernando II y Luis

³⁷ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro, «El “Rey Católico” de las primeras guerras de Italia. Imagen de Fernando II de Aragón y V de Castilla entre la expectación profética y la tensión internacional (1493-1499)», *Medievalismo*, 25, 2015, pp. 197-232.

XII tenían en esos momentos. El rey napolitano poco podía hacer en contra de enemigos tan superiores por lo que fue fácilmente derrotado y expulsado de su reino.

Sin embargo, este entendimiento entre Francia y los Reyes Católicos no duró demasiado: los límites territoriales del tratado de Granada eran demasiado poco claros, lo que se tradujo en un nuevo conflicto entre ambos firmantes. El resultado de este fue, nuevamente, la victoria de Fernando II y su conquista del reino napolitano, aunque su asentamiento en este siguió siendo bastante débil por el momento³⁸.

Justo en el año en el que se firmó la paz con Francia, Isabel la Católica falleció y los eventos posteriores a este hecho tendrían sus consecuencias en la zona italiana.

La inestabilidad política que caracterizó ese período de lucha entre Fernando II y su yerno Felipe por la gobernación de Castilla tuvo su repercusión en la política italiana. Cuando el Rey Católico abandonó Castilla, se dirigió a su recién conquistado nuevo reino e inició una nueva negociación con el rey Luis de Francia: acordó su casamiento con Germana de Foix, que era sobrina de este, con unos términos muy claros: si el nuevo matrimonio tenía descendencia masculina, heredaría los territorios de la Corona de Aragón por lo que la unión que se había conseguido entre Castilla y Aragón a través del matrimonio de los Reyes Católicos se rompería. Si, por contra, la pareja no tenía descendencia, el reino de Nápoles pasaría a ser propiedad de Francia³⁹.

Los sucesos de Italia le permitieron al rey de Aragón mejorar su posición frente a esta situación. Mientras Fernando II bregaba con sus problemas en Castilla, en Italia la alianza entre el papado y Venecia se había roto lo que propició que el papa estableciese una alianza contra esta república. En esta alianza, a la que Fernando se había adherido, también participaba Francia y esta se apropió de muchas de las ciudades que tuvo que abandonar la derrotada república. Esta expansión del poder francés en Italia alarmó a Julio II, que se volvió contra Francia y se volvió a acercar al Rey Católico, a quien le permitió poder desembarazarse de la cláusula matrimonial por la que tendría que ceder Nápoles a Francia si no tenía hijos con su esposa⁴⁰.

Esto volvió a dar un giro a la política exterior del Rey Católico. Nuevamente, sus alianzas pasaban por el papado y por el emperador Maximiliano frente a una Francia

³⁸ El relato pormenorizado de este conflicto se encuentra en los capítulos del X al XV del libro de PRESCOTT H., William, *Historia del reinado...*, op. cit., pp. 421-490.

³⁹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo IV...*, op. cit., p. 282-283.

⁴⁰ PRESCOTT H., William, *Historia del reinado...*, op. cit., pp. 583-586.

que volvía a tener aspiraciones en Italia y que por lo tanto suponía un peligro para los territorios napolitanos recién adquiridos por Fernando II.

Tras estos hechos, el Rey Católico volvió a la Península Ibérica para actuar como regente de Castilla en nombre de su hija ya que, a la muerte de Felipe el Hermoso, empezó a ser tildada de loca y de ser incapaz de gobernar. Por ello fue encerrada por su padre en el palacio de Tordesillas mientras que él se encargaba del gobierno. Sin embargo, a pesar de la marcha del rey de Aragón, los territorios italianos seguirían siendo bastante inestables durante los años siguientes.

Finalmente, Fernando el Católico fallecería en 1516 siendo su heredero su nieto Carlos de Habsburgo, hijo de Juana y Felipe. Tendría que enfrentarse durante gran parte de su reinado a los conflictos iniciados durante el reinado de sus abuelos y siempre tendrá como fin último mantener el control de sus posesiones en la Península Itálica. Para conseguir esos objetivos, el nuevo monarca dispondría no solo de las fuerzas militares que tantas victorias les habían proporcionado a sus abuelos en los campos de batalla, sino que también contaría con una diplomacia que habían engrasado y perfeccionado durante todo este periodo y que se sumaría a la que ya poseían los Habsburgo, dotándolo de un impresionante poder diplomático que sería base de muchas de sus victorias.

3.3. El conflicto italiano durante el reinado de Carlos V y Felipe II

La muerte de Fernando el Católico en 1516 propició que la herencia de sus dominios propios en la Corona de Aragón y de las tierras castellanas que regía en nombre de su hija Juana (a la cual se había confinado en el palacio de Tordesillas, debido a su ya aludida locura) pasasen a su nieto Carlos de Habsburgo. Al adquirir esta herencia, Carlos se convertía en uno de los monarcas más poderosos de su tiempo al sumar a los territorios de los Trastámara con las tierras de los Habsburgo y, además, la zona que actualmente son los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo.

Pero reunir tantos títulos y tierras le hizo heredar también los enemigos de sus respectivos predecesores, y uno de ellos era particularmente preocupante para el joven monarca: la Francia de Francisco I.

Francisco I, quien había heredado el trono francés a la muerte de Luis XII, había continuado con su implicación en varios conflictos frente a la alianza del emperador Maximiliano y de Fernando II, logrando éxitos innegables como la toma de Milán. Al prestigio que estas victorias le proporcionaban a Francia había que unir la ventaja que

tenía sobre su rival, Carlos. Esta ventaja radicaba en que las tierras que en primer lugar rigió Carlos fueron las que su padre Felipe el Hermoso gobernó antes de morir, Flandes. Sin embargo, estas tierras estaban demasiado cerca de Francia y por lo tanto eran susceptibles de un ataque y de la influencia de los franceses.

Esta influencia queda clara con las medidas que se tomaron en la corte de Carlos (quien, por su corta edad, no regía, sino que sus tierras eran gobernadas por su tía, Margarita de Austria) y que se explican por un sector de esta corte que creía que la mejor forma de actuación era una postura de apaciguamiento hacia Francisco I.

Todas estas circunstancias tuvieron su impacto en la diplomacia del joven Carlos en la época en que se centró en apaciguar a los franceses para así poder tomar posesión de sus nuevos territorios. La plasmación de esta diplomacia de apaciguamiento fue el tratado de Noyon en 1516, que acabó con el conflicto que se estaba disputando en esos momentos en Italia, la Guerra de Cambrai, y permitió asegurar las posiciones de ambos monarcas tanto en la Península Itálica como en sus dominios más cercanos⁴¹.

No obstante, la preponderancia del bando filofrancés en la corte del nuevo rey de Castilla y Aragón fue perdiendo paulatinamente relevancia frente a aquellos que impulsaban a Carlos a tener una actitud más agresiva hacia Francia.

Así pues, las relaciones con Francia se deterioraron con el tiempo y en 1519 alcanzaron un punto de no retorno cuando la diplomacia francesa y la de los Habsburgo se enfrentaron por colocar a sus soberanos en el trono imperial. Aunque la victoria fue para Carlos (gracias a un uso extenso de los diversos diplomáticos que tenía en las cortes de los electores, sobornos y amenazas militares⁴²), la situación con Francisco I era insostenible. Al final, la guerra que volvería a enfrentar a sus respectivos reinos empezó en el punto donde más intereses tenían: la Península Itálica.

Para entender los diversos conflictos que asolaron a los Estados italianos durante el reinado de Carlos V no solo hay que tener en cuenta los factores de rivalidad entre Francia y el emperador o las ventajas estratégicas y comerciales que proporcionaba el control de la Península Itálica. Sin duda alguna, estos puntos eran importantes y, como se ha visto en anteriores páginas de este trabajo, fueron determinantes a la hora de

⁴¹ USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España y sus tratados internacionales, 1516-1700*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2006, pp. 23-28

⁴² RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia...*, *op. cit.*, pp. 53-55.

proceder con las hostilidades por parte de todos los actores que se involucraron en estos conflictos.

Sin embargo, en el caso del emperador Carlos V, hay que introducir un elemento ideológico muy importante que marcó su forma de reinar y sus aspiraciones. Se trata de la idea de la *monarchia universalis*.

Las raíces de esta idea vienen del erasmismo y del humanismo renacentista en los cuales Carlos de Habsburgo fue educado desde pequeño. Su planteamiento consistía en fortalecer la idea de que el emperador era el depositario del poder temporal en la cristiandad y, como tal, debía actuar en defensa de sus súbditos cristianos frente a cualquier amenaza. Esto incluía, por supuesto, ideales como el de cruzada que se aplicaría contra el islam, pero también se pretendía evitar el conflicto entre los diversos territorios cristianos⁴³.

Esta idea de primacía imperial era, por supuesto, rechazada por los monarcas y soberanos del resto de territorios que veían como una amenaza el creciente poder de Carlos V. Esto explica el cambiante estado de las alianzas que hubo durante los 40 años de reinado del emperador.

El choque entre las ideas de soberanía e independencia de los soberanos frente a la *monarchia universalis* del emperador fue claro en Italia y en Alemania.

Desde el inicio de las hostilidades entre Francia y el Imperio de Carlos V en 1521, la Península Itálica vivió un periodo de guerras alternado por débiles treguas que intentaban mantener el *statu quo* y que ninguno de los contendientes fuese demasiado poderoso.

El afán por mantener un equilibrio se verá reflejado en todos los movimientos diplomáticos entre los pequeños Estados italianos, cada vez menos independientes. Claramente, por su importancia moral, los Estados Pontificios serán el Estado italiano más dado a los constantes cambios de alianzas bien por el cambio de un papa o bien porque el Sumo Pontífice de turno vea amenazada su independencia demasiado.

Así pues, la derrota francesa en la batalla de Pavía en el año 1525 y que se saldó además con la captura de Francisco I por parte del emperador, provocó una rápida reacción por parte de muchos Estados que se movieron bien para intentar sacar provecho de una posible desmembración de Francia (caso de Inglaterra) o bien para

⁴³ *Ibidem*, p. 60.

evitar la caída de Francia bajo influencia imperial. Todo ello llevó a la eventual firma del tratado de Madrid.

Sin embargo, una vez el rey de Francia volvió a su reino, el parlamento francés obligó a Francisco I a denunciar el tratado, apoyándose en el deber real de proteger el territorio francés, por lo que este repudió el tratado alegando que había sido aceptado bajo coacción⁴⁴.

Mientras el rey francés había estado cautivo en Madrid, las diplomacias del papado y de Francia habían conseguido atraer a varios Estados italianos como Florencia y Venecia con el objetivo de crear una nueva liga, esta vez contra Carlos V. El resultado de estas gestiones fue un nuevo conflicto que terminaría con uno de los hechos más reseñables de la época: el «Sacco» de Roma por parte de las tropas imperiales en 1527.

Este hecho, aparte de suponer una enorme destrucción en la Ciudad Eterna, significó un cambio de postura entre las diversas potencias que agravó aún más la situación. Francia e Inglaterra firmaron un acuerdo de alianza contra Carlos V⁴⁵, exigiéndole la liberación del papa. Mientras tanto, la diplomacia imperial fue a Roma, donde el papa Clemente VII había quedado cautivo en el castillo de Sant Angelo para intentar mediar con él para obtener la paz, con escasos resultados.

La guerra continuó, pues, con varios vaivenes hasta que las tropas imperiales volvieron a imponerse en Italia, pero era necesario llegar a un acuerdo de paz. El primero que aceptó un acuerdo fue el papa Clemente VII, ya que vio más asegurada su posición con una alianza con el emperador que luchando contra él. Esto quedó plasmado en el tratado de Barcelona, que le dio amplias ventajas al papa y aseguró el apoyo del emperador a su familia para volver a recuperar el control de Florencia⁴⁶.

La paz con Francia, no obstante, seguía siendo lo más importante para alcanzar cierta estabilidad en la Península Itálica. Dicha paz llegó tras arduas negociaciones en las cuales destacaron dos mujeres: Luisa de Saboya, madre del rey de Francia, y la tía del emperador, Margarita de Habsburgo.

La Paz de Cambrai, también conocida como «Paz de las Damas», fue firmada en 1530 y supuso una clara victoria para el emperador, que veía refrendado totalmente su

⁴⁴ USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España...*, *op. cit.*, pp. 40-50.

⁴⁵ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo V. La diplomacia de Carlos V*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2003, pp. 187-192.

⁴⁶ El papa Clemente VII era un Medici y estas gestiones fueron clave para asentar a esta familia como gobernantes supremos de Florencia con el título de duques.

poder en Italia. Tal fue la victoria del emperador que algunos historiadores como Rady la consideran el fin de las Guerras de Italia⁴⁷ y, aunque es cierto que, como se verá a continuación, hubo más conflictos en Italia, la realidad es que el poder de Carlos V en la península quedó muy asentado.

Esto puede verse en uno de los mayores éxitos diplomáticos del emperador: obtener la coronación papal en Bolonia en 1530. En esa ceremonia se desplegó todo el aparato propagandístico del Imperio para demostrar la nueva autoridad de Carlos. Esto se tradujo en la presencia de enviados y embajadores de todas las cortes y de muchos de los señores de la misma Italia. Unos príncipes que ahora estaban aliados con el emperador en una red de alianzas que permitía mantener el ideal de *monarchia universalis* sin tener un control directo de los territorios. Así pues, puede considerarse que el año 1530 fue el momento de mayor poder del reinado de Carlos V⁴⁸.

Sin embargo, a pesar de todo el poder amasado por el emperador, la realidad fue que las tensiones con Francia persistieron durante todo el reinado de Carlos V. Los conflictos podían surgir por razones de sucesiones de un territorio, como el caso de Milán tras la muerte del último Sforza⁴⁹, o por agravios reales o no⁵⁰ sufridos por uno u otro bando. Todo ello daba igual: la verdadera razón de las guerras era la pugna por la hegemonía entre Francia y el imperio de Carlos V.

Mientras todos estos conflictos se desarrollaban, a nivel ideológico se fue configurando una nueva idea con respecto a la forma de acumular poder frente a los rivales de las dinastías. Esta nueva forma de relaciones internacionales se basaba en la acumulación directa del patrimonio, lo cual chocaba con la red de alianzas que el emperador había forjado en la Península Itálica con los diversos príncipes del lugar.

Esta tendencia, denominada *restitutio in pristinam*, empezó a mostrarse en especial a partir de los últimos años del reinado del emperador Carlos V, cuando diversos reveses y los problemas religiosos del Sacro Imperio Romano le hicieron desistir en gran parte de su ideal de *monarchia universalis*⁵¹.

Este cambio se tradujo en diversos casos de conjuras y conflictos con algunos de los señores italianos con el fin de asentar de forma más clara la autoridad imperial en

⁴⁷ USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España..., op. cit., 1516-1700*, p. 91.

⁴⁸ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo V..., op. cit.*, pp. 210-214.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 236-242.

⁵⁰ USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España..., op. cit.*, pp. 114-122.

⁵¹ RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia..., op. cit.*, p. 62.

Italia. Ejemplo de ello fueron los sucesos en Génova, donde después de que el anciano Andrea Doria casi fue derrocado por una conjura, Carlos V se planteó anexionarse completamente la república, y en Parma, donde el emperador patrocinó una conjura que depuso a su gobernante Pier Luigi Farnesio, hijo ilegítimo del papa Pablo III⁵².

Todos estos sucesos condujeron a un nuevo conflicto entre Carlos V, Francia, que había apoyado algunas conjuras contra los gobernadores imperiales, y el papado, que se alió con el rey Enrique II de Francia.

Es en esta situación cuando en 1556 Carlos V decide abdicar de todos sus cargos y repartir su herencia entre su familia: su hermano Fernando recibió la corona imperial y los territorios de los Austria en el Sacro Imperio. Su hijo, Felipe, por su parte, heredó la Monarquía Hispánica, Flandes y los territorios italianos⁵³. De esta forma terminaron 40 años de reinado en los cuales los conflictos italianos fueron una constante y su resolución fue siempre algo temporal y frágil.

El ascenso al trono de Felipe II ocurrió en un momento de gran inestabilidad provocada por el conflicto con Francia y el papado. Sin embargo, la diplomacia del nuevo rey no perdió el tiempo y comenzó a intentar alcanzar un acuerdo de paz duradero.

La paz después de tantos años de conflicto no pudo obtenerse sin un golpe decisivo. Este golpe decisivo fue la victoria de Felipe II en San Quintín, que dejó el camino abierto a las tropas de la Monarquía Hispánica para internarse en Francia⁵⁴.

Ante esta situación el rey Enrique II y el papado tuvieron que ceder. De esta forma comenzaron las negociaciones que culminarían con la firma del tratado de paz que llevaría al fin de los conflictos en Italia: la paz de Cateau-Cambrésis.

Los resultados de esta paz fueron más allá del ámbito italiano, ya que estaban involucradas numerosas potencias en el conflicto. Si centramos la atención en la Península Itálica, lo que se pactó fue la restitución de todos los territorios ocupados por Francia desde 1536 y su renuncia a volver a intervenir en la zona en contra de los intereses hispanos⁵⁵.

⁵² OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo V...*, op. cit., pp. 491-492.

⁵³ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., pp. 196-199.

⁵⁴ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo VI. La diplomacia de Felipe II*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2003, pp. 19-30.

⁵⁵ USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España...*, op. cit., p. 171

De esta forma, con un pacto con Francia estable (más aún con la situación de inestabilidad en la que se sumergiría Francia en las siguientes décadas debido a las Guerras de religión⁵⁶) y con una posición muy consolidada a nivel diplomático en todos los principados italianos, la Monarquía Hispánica pudo salir victoriosa de este largo conflicto y asegurarse la hegemonía en la Península Itálica durante los siguientes siglos.

4. La diplomacia durante los conflictos italianos

La evolución paulatina de la diplomacia fue sin duda alguna uno de los principales pilares del desarrollo de las Guerras de Italia. Fue un proceso que abarcó a muchos de los Estados que participaron en ellas, pero fue en la incipiente Monarquía Hispánica en la que más claramente pudo verse esta evolución.

Los años finales de la Edad Media fueron unos años de grandes cambios tanto a nivel político como cultural y material. Por supuesto, todo este proceso de cambio también llegó a la diplomacia de las cortes europeas, que, como ya se ha visto anteriormente, seguían unos parámetros claros a la hora de entender su posición y objetivos de cara a las relaciones con otros príncipes.

Sin embargo, estos cambios no ocurrieron rápidamente, sino que durante bastante tiempo sobrevivieron prácticas medievales de la diplomacia que se siguieron aplicando junto a las nuevas ideas y usos.

4.1. Las vistas reales

Uno de los casos que muestra mejor esta permanencia son las vistas reales, Las vistas reales eran reuniones entre los diferentes soberanos que intentaban solventar sus conflictos negociando entre ellos sin intermediarios de ningún tipo⁵⁷. Esta forma de negociación se entiende con la idea patrimonial que tenían la mayoría de príncipes de sus Estados.

Estas vistas reales fueron la forma más común de resolver conflictos durante la Edad Media y, aunque la aparición de las embajadas temporales y, más tarde, de las embajadas permanentes redujo la necesidad de estos encuentros, se siguieron teniendo como una opción válida para la resolución de los problemas que surgían entre los diversos poderes europeos.

⁵⁶ FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna...*, op. cit., pp. 201-209.

⁵⁷ Para más información sobre los cambios que se dieron en los últimos siglos de la Edad Media y la evolución de las vistas reales: RENOUVIN, Pierre (dir.), *Historia de las Relaciones Internacionales, Tomo I Volumen I: La Edad Media. Los tiempos modernos*, Madrid, Aguilar, 1967.

Durante las Guerras de Italia tenemos varias de estas vistas reales entre los Reyes Católicos y otros soberanos. Ejemplo de ello son los encuentros entre Fernando e Isabel con el rey Manuel I de Portugal en 1497, el de los primeros con su hija y heredera Juana y su yerno Felipe el Hermoso en 1501 o la vista real entre Luis XII y Fernando el Católico en 1507⁵⁸. Todas estas ocasiones estaban, por supuesto, entre los más grandes actos que podían ocurrir en un lugar, por lo que se trataba de momentos en los que el protocolo, el boato y la solemnidad eran primordiales como una forma de demostración de poder y de respeto hacia el soberano invitado.

La llegada al trono de Carlos V no supuso una desaparición de estas vistas sino todo lo contrario: el emperador hizo un uso si cabe más extenso de este método diplomático que el que ya habían hecho sus abuelos.

El vasto imperio que gobernó y la inexistencia de una residencia real fija hicieron que Carlos V se desplazase con asiduidad por todos sus territorios, lo que facilitó el encuentro con líderes que se encontraban cerca de sus fronteras. Pero, además de esta preferencia por tener una corte itinerante, destaca también la creencia que parecía tener el emperador de que una negociación directa sin intermediarios facilitaba el conseguir un acuerdo⁵⁹.

Mención especial en el campo de los antiguos usos medievales merece la utilización de heraldos para transmitir anuncios de gran importancia en una corte extranjera. La misión de los heraldos era la de actuar como «reyes de armas» de sus señores y, para cumplir su cometido, renunciaban a su nombre original y se intitulaban como alguna región o tierra del soberano al que servían. Así podemos encontrar entre estos hombres nombres como *Guyenne*, *Bourgogne* o *Granada*.

Para realizar sus funciones solían tener salvoconductos para pasar sin problemas por los territorios extranjeros y eran tratados con bastante respeto y cortesía, lo que hacía que pudiesen ser idóneos para acompañar a un embajador o diplomático que tuviese que llegar a la corte extranjera sin sufrir ningún daño⁶⁰.

⁵⁸ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo IV...*, op. cit., pp. 381-390.

⁵⁹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo V...*, op. cit., p. 521.

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 556-560.

4.2. Las embajadas

Sin embargo, las grandes protagonistas de la diplomacia de la época son, sin duda, las embajadas. Estas también bebían de las costumbres medievales, por lo que gran parte de su composición y forma de actuar provenía de los siglos anteriores, pero empezó a haber diversos cambios en varios aspectos que terminarían revolucionando este sistema.

La formación de las embajadas modernas y su funcionamiento durante el reinado de los Reyes Católicos

En primer lugar, se ha de hablar de los que componían estas embajadas. Por lo general, eran personas pertenecientes a la nobleza y al clero y era un miembro de este escalafón social privilegiado el que encabezaba las misiones diplomáticas. Sin embargo, en los años finales del siglo XV cada vez fue más común la presencia de personal perteneciente al estamento no privilegiado, en su mayor parte vinculados al mundo del derecho. Esto sería un primer indicio de lo que más tarde se convertiría en la profesionalización de la diplomacia, algo que no existía en esos momentos.

La partida de una embajada hacia una corte extranjera era preparada de forma minuciosa a todos los niveles: tanto a nivel protocolario como a nivel legal para que pudiesen cumplir sus objetivos.

La firma de una real cédula era lo que le otorgaba al embajador las credenciales para negociar en el nombre de su señor, y sin ella podía ser perfectamente ignorado por el otro príncipe. Esto no era un problema baladí ya que en muchas ocasiones era usado por los príncipes para no comprometerse a los acuerdos que se alcanzasen en las negociaciones⁶¹.

Las delegaciones diplomáticas, ya fuesen permanentes o temporales, tenían la misión de representar a su señor en la corte en la que se encontraran. Esto hacía que el respeto hacia ellas y el protocolo que se siguiese en los actos en los que participasen fuesen considerados vitales, pues era una forma de mostrar quién estaba en un nivel superior al resto en la jerarquía. La cuestión de la preeminencia de las embajadas, es decir, quién se colocaba primero en los actos, se convirtió en uno de los puntos de

⁶¹*Ibidem*, pp. 481-495.

fricción más claros entre embajadores e incluso fue causa de importantes conflictos diplomáticos entre unos Estados que no se consideraban iguales entre sí⁶².

La residencia en estas cortes era, también, un asunto que podía complicarse bastante. Esto era debido a la naturaleza itinerante que tenían en esta época los príncipes, los cuales se desplazaban de una ciudad a otra de sus territorios, arrastrando en el proceso a toda la corte.

Esto complicaba bastante el proceso de negociación en muchos casos ya que los embajadores debían seguir a los soberanos ante los que tenían que comparecer para intentar alcanzar acuerdos con ellos. Un ejemplo de esta problemática ha sido detallado anteriormente: cuando Carlos VIII pretendía invadir la Península Itálica, los embajadores de los Reyes Católicos tuvieron que seguir el recorrido de su ejército para tratar de hacer que cambiara de idea, con el gasto y esfuerzo que ello conllevaba.

Además, hay que tener en cuenta los gastos que suponían estas embajadas. Por lo general existía un acuerdo por el cual cada príncipe costeaba el mantenimiento de una delegación diplomática enviada a su corte. El problema empezó a surgir cuando estas embajadas comenzaron a hacerse permanentes. La solución fue, una vez más, un sistema basado en la reciprocidad: cada monarca pagaba la estancia de la embajada del otro de tal forma que se intentaba que los gastos fuesen pagados lo más rápidamente posible para evitar conflictos⁶³.

A la hora de negociar, el embajador al cargo debía estar dotado de una serie de cualidades que le permitiesen actuar correctamente en la situación. La más importante podría considerarse que era el dominio de una lengua en la cual tanto él como el príncipe con el que negociase se sintiesen cómodos. Generalmente, la lengua franca de este periodo histórico era el latín, aunque ya en ese momento se consideraba una ventaja que el diplomático conociese la lengua materna del Estado al que iba⁶⁴.

Había otro aspecto que todos los embajadores debían tener en cuenta y era el mantener informados a sus señores de lo que acontecía y esperar sus instrucciones. No era una de las partes más fáciles de cumplir en el trabajo del diplomático. Normalmente, los soberanos les exigían unos niveles de detalle e información muy superior a la que les podían ofrecer (Fernando II era uno de los monarcas más exigentes en este asunto,

⁶²*Ibidem*, pp. 509-522.

⁶³*Ibidem*, pp. 438-469.

⁶⁴ El latín y el griego, además de todo lo citado, se encontraban en un periodo de recuperación por parte del Humanismo que imperó en el Renacimiento. *Ibidem*, pp. 499-509 y pp. 549-556.

como bien se puede ver en algunas de sus correspondencias⁶⁵). Información que, además, debía ser lo más actualizada posible, cosa que, en un mundo donde los viajes se demoraban semanas, no era nada fácil.

Con respecto a este problema se dio uno de los mayores avances en la diplomacia en esta época: un nuevo sistema de correos que intentaba ser lo más eficiente posible. Para ello, no solo se contaba con un sistema real de postas (es decir, mensajeros contratados directamente por los príncipes) sino que también se hacía uso de elementos privados que, en algunos casos, eran más eficaces. Ejemplo de ello es el sistema de la familia italiana de los Tasso, que, siguiendo las órdenes del emperador Federico III, habían creado un sistema de comunicaciones entre Italia y Austria a través de una serie de rutas de mensajeros⁶⁶. La fama de este sistema pronto se extendería por toda Europa.

Para que todo este sistema no se desmoronase, era vital que los cuerpos diplomáticos y los mensajeros tuvieran también vía libre por los territorios. Por ello, la emisión de privilegios y salvoconductos para que no fuesen detenidos en su marcha o se les requisasen sus pertenencias se convirtió en una práctica común. Esta emisión de privilegios no había sido necesaria durante la Edad Media, cuando el control de los Estados sobre sus fronteras era mucho menor y su capacidad de cerrarlas era nula. Sin embargo, el reforzamiento de los poderes de los príncipes a finales de este periodo hizo posible este punto y, por lo tanto, obligó a dar inmunidades especiales a todos los que participaban de la diplomacia. No obstante, esto no siempre se respetaba y eso daba lugar a ciertos retrasos y problemas, en especial en el caso de los mensajeros, que no siempre eran tratados del mismo modo que los diplomáticos, mucho más protegidos.

La continuidad de las misiones diplomáticas no se veía coartada por la presencia o no de los embajadores iniciales de estas. De hecho, solía darse el caso de que estos falleciesen durante su servicio o fuesen relevados de este sin que la misión sufriera el más mínimo contratiempo. En estos casos lo que ocurría era una cierta demora a la hora de elegir otro nuevo embajador que liderara todo el esfuerzo diplomático en esa corte.

A pesar de esto último, sí que había casos en los cuales una delegación permanente podía dar su misión como concluida. Generalmente, esto se daba cuando se

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 415-426.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 430-438.

rompían las relaciones entre dos Estados y se iniciaba algún conflicto⁶⁷. Aun así, los embajadores solían disfrutar de la protección del soberano, que ahora era enemigo de sus señores, hasta que abandonaban sus dominios.

Un buen ejemplo de ello es la reacción de Carlos VIII cuando los embajadores españoles, Juan de Albión y Antonio de Fonseca, rompieron el tratado de Barcelona enfrente de él para simbolizar la ruptura de relaciones. En vez de consentir que fuesen asaltados por sus enfurecidos súbditos, el rey francés ordenó a su guardia que los protegiera y acompañase hasta un lugar seguro.

Un caso práctico de diplomacia de la época: la política matrimonial de los Reyes Católicos

La política exterior que llevaron a cabo los Reyes Católicos se basó fundamentalmente en la obtención de una serie de aliados poderosos a nivel europeo que les permitiese aislar a Francia y tener ventaja a la hora de enfrentarse a ella. Para conseguir este objetivo no dudaron en extender una red diplomática bastante grande que les permitiese atraer a Estados de toda índole como el Sacro Imperio o Inglaterra.

Sin embargo, era necesario cimentar estas alianzas con algo que fuese duradero y que se amoldara a las ideas de la época sobre la propiedad y la dinastía. Así pues, la respuesta a esta necesidad fue acordar los matrimonios de sus hijos con las diferentes familias reales con las que querían conseguir los acuerdos.

Los principales Estados con quienes se forjaron estas alianzas fueron tres: Portugal, Inglaterra y el Imperio.

En el caso portugués, la alianza era deseable no solo para contar con un aliado contra Francia, también era muy ansiada para evitar tener posibles conflictos en una frontera que al final del reinado ya no solo se ubicaba en la Península Ibérica, sino que además incluía las nuevas posesiones en ultramar.

La obtención de los acuerdos con los soberanos portugueses fue encargada a personas de alta alcurnia y que tenían la completa confianza de los reyes: Gutierre de Cárdenas, aliado de Fernando e Isabel desde los primeros momentos, y Fray Hernando de Talavera, confesor de la reina y una de las figuras más importantes de su reinado, quien terminaría siendo arzobispo de la conquistada Granada⁶⁸.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 524-529.

⁶⁸ *Ibidem*, pp. 180.

A pesar de los diferentes contratiempos y desgracias que asolaron a los diversos intentos matrimoniales (la muerte del infante Alfonso de Portugal y, años después, la de la princesa Isabel y su hijo Miguel), la alianza siguió funcionando correctamente y permitió llegar a acuerdos que preservasen la paz alcanzada tras la guerra de sucesión castellana mediante el tratado de Alcaçovas, como, por ejemplo, el tratado de Tordesillas.

Similar al caso portugués es la labor diplomática que se llevó a cabo en Inglaterra. Sin embargo, hay un punto en el que difiere y en el cual se ve un ligero cambio en los usos diplomáticos. El punto de diferencia es el embajador elegido por los Reyes Católicos para representar sus intereses en la corte inglesa: Rodrigo González de Puebla.

González de Puebla no era noble, sino que provenía de una familia del estamento social más bajo (seguramente hijo de un sastre o descendiente de judíos conversos). No obstante, su conocimiento de leyes y su trabajo en la administración real como alcalde y miembro del consejo de los reyes le valieron la confianza de estos, que lo mantuvieron en Inglaterra durante veinte años como embajador permanente.

Allí tuvo que hacer frente a las diversas dificultades que le surgieron a la hora de cerrar el acuerdo matrimonial entre Arturo, príncipe de Gales, y Catalina de Aragón, y cuando, una vez más, el fallecimiento del heredero al trono inglés truncó la alianza matrimonial, defendió los derechos de su viuda a conseguir una manutención en Inglaterra⁶⁹.

A pesar de la importancia innegable de todos estos acuerdos, la política matrimonial que marcaría el futuro de buena parte de la Edad Moderna sería la de los enlaces que acordaron los Reyes Católicos con los Habsburgo.

La política matrimonial no era solo la parte central de la diplomacia de los reyes de Castilla y Aragón; los Habsburgo siempre habían priorizado esta clase de acuerdos para conseguir expandir su poder. Además, la rivalidad de estos con Francia era muy grande y más desde que Maximiliano había heredado el ducado de Borgoña. Por ello, desde casi el inicio del reinado de Fernando e Isabel hubo una intensa actividad diplomática que haría servir como embajadores ante Maximiliano de Habsburgo a

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 194-200.

algunos de los principales diplomáticos de los Reyes Católicos. Ejemplo de estos embajadores son Juan de Albión, Antonio de Fonseca o Francisco de Rojas.

Todos ellos tuvieron que bregar a lo largo de los años con el esquivo⁷⁰ rey de romanos y, más adelante, emperador hasta obtener el acuerdo deseado por sus señores. Este acuerdo quedó plasmado en el acuerdo matrimonial entre los hijos de Maximiliano, Margarita y Felipe, y los hijos de los Reyes Católicos, Juan, heredero de estos, y Juana.

Este trato, más allá de las grandes consecuencias que traería en el futuro, supuso el espaldarazo definitivo a la política italiana de los Reyes Católicos al asegurar la alianza del Imperio en los asuntos que les enfrentaban con Francia y facilitó los intentos de crear una liga antifrancesa⁷¹.

El funcionamiento y desarrollo de las misiones diplomáticas durante el reinado de Carlos V

La evolución de las embajadas y su funcionamiento estuvo claramente marcada por la consolidación por parte de la diplomacia carolina de la idea de embajadas permanentes en las cortes extranjeras. A este proceso se irían incorporando con el paso del tiempo el resto de Estados europeos, pero de forma más tardía. Por ejemplo, Francia no empezó a interesarse por enviar misiones permanentes hasta la década de 1530⁷².

Por ello, la diplomacia carolina nos permite ver la evolución de estas formas de una manera más clara y precisa, además de que, en última instancia, gran parte de sus métodos fueron seguidos por los demás soberanos para mejorar sus redes diplomáticas.

El origen de los embajadores no cambió sustancialmente en esta época. La sociedad seguía impregnada de las ideas estamentales y, por lo tanto, el liderazgo de las embajadas solía recaer en un noble o un eclesiástico. Sin embargo, es destacable el creciente poder que mostraban los secretarios de las embajadas y que provenían del mundo del derecho y de escalafones sociales más bajos⁷³.

Además, se dio una participación de personal del resto de la administración en la diplomacia bastante importante, así como gente de la diplomacia ocupó cargos vitales en el gobierno de los territorios. Ejemplo de estos cargos serían la propia cancillería y la

⁷⁰ Esquivo no solo referido a la dificultad de conseguir el acuerdo sino de un modo literal: Maximiliano fue uno de los monarcas que más se desplazó a lo largo de sus dominios lo que forzaba a los embajadores a seguirlo por sus tierras para conseguir llevar a buen término las negociaciones. *Ibidem*, pp. 184-194.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 184-193.

⁷² *Ibidem*, pp. 623-629.

⁷³ *Ibidem*, pp. 550-556.

secretaría de Estado⁷⁴. Todo ello muestra un avance mínimo, aunque reseñable, en el proceso de profesionalización de la carrera diplomática.

Las credenciales, salvoconductos y demás documentos que atestiguaban la misión del embajador y sus acompañantes siguieron siendo vitales y su expedición por parte del soberano era imprescindible para que cualquier negociación fuese considerada válida, como ya ocurría en los siglos anteriores.

Otro tipo de documentación eran las relaciones que se transmitían entre los príncipes y sus embajadores. Estas cartas, que en muchos casos contenían información delicada y, por lo tanto, sujeta a un sistema de cifrado que siguió aumentando en complejidad, aunque bebiese de otros sistemas anteriores⁷⁵, debían ser transportadas con seguridad desde el lugar de origen al de destino.

El sistema de correos ya había sido desarrollado de una forma muy eficiente por parte de los Reyes Católicos, pero este aún sufrió mayores modificaciones con la llegada de Carlos, quien contrató en la Monarquía Hispánica los servicios de la ya mencionada familia Tasso, quienes llevaban el correo imperial. Su implicación en todo el imperio de Carlos V permitió crear rutas estables tanto en mar como en tierra para comunicar al monarca con sus emisarios.

Sin embargo, este proceso no estaba exento de peligros para los mensajeros, en especial en momentos de conflicto, donde podían sufrir el acoso de autoridades del territorio de paso para obtener la información. Estos hechos se dieron en especial en los conflictos entre los reyes franceses y Carlos V, quien tuvo que buscar rutas alternativas que no cruzasen Francia para evitar que la información cayera en manos de sus enemigos⁷⁶.

No obstante, en los aspectos que más se reflejó la instauración de las embajadas permanentes fue en los viajes, en la residencia de los embajadores y en la remuneración que se les daba a los diplomáticos por sus servicios y para su mantenimiento mientras estuviesen en misión.

Los viajes, debido a la nueva naturaleza de las embajadas, se redujeron drásticamente ya que no era tan necesario enviar delegaciones para negociar un fin concreto y, aunque estas se siguieron usando, su asiduidad fue mucho menor. Eso

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 541-550.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 561-569.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 569-577.

redujo muchos de los peligros de la labor diplomática ya que era común sufrir accidentes o incluso ataques durante el viaje en esa época⁷⁷. Sin embargo, los mensajeros siguieron siendo necesarios y sus dificultades continuaron existiendo.

La residencia de la embajada en un lugar fijo permitió a los miembros de estas buscar un lugar más adecuado y permanente para vivir, aunque la itinerancia de las cortes aún hacía necesario el tener que buscar en muchos casos diferentes alojamientos dependiendo de dónde se encontrase el soberano con el que debían de negociar. Esto hacía inviable la existencia de un edificio que actuase como una embajada como las que existen hoy en día. En su lugar el embajador encontraba un lugar donde vivir y este podía o no ser el lugar donde habitase su sucesor⁷⁸.

Todo este despliegue debía ser financiado de alguna forma. Con el establecimiento de las embajadas permanentes se dio un proceso de fijación de los sueldos que se pagaban a los embajadores. Estos variaban dependiendo de la importancia que se le diese a la misión, pero eran ya regulares y estaban estipulados.

El pago corría a cargo de la tesorería de la Corona, aunque esto producía bastantes demoras e incluso impagos en caso de que estuviese en un momento de crisis debido a los numerosos gastos que tenía el Imperio. En esos casos el embajador debía generalmente endeudarse con un prestamista del lugar en el que se encontrase, lo que dio lugar a un lucrativo negocio del que se aprovecharon no pocos banqueros y familias dedicadas al préstamo.

Aparte de todos estos pagos había que incluir los regalos que el soberano le podía hacer a su embajador o que este podía recibir en la corte extranjera. Estos podían variar según el momento y el lugar, pero generalmente le servían, como ya ocurría anteriormente, para poder desenvolverse en la vida cortesana del lugar sin problemas⁷⁹. Finalmente, el protocolo en las cortes siguió desarrollándose siguiendo la pauta que se había ido dando en los siglos anteriores, siendo, una vez más, el mayor exponente de ello el protocolo de la Curia romana⁸⁰. Allí el conflicto que se daba constantemente entre las embajadas francesas y españolas por ver quién tenía la preferencia desapareció totalmente a partir de la coronación como emperador de Carlos V: su título lo ponía a la cabeza de todos los príncipes cristianos y, por lo tanto, sus embajadores tenían

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 590-594.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 605-608.

⁷⁹ *Ibidem*, pp. 577-590.

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 594-597.

preferencia clara sobre el resto. Los conflictos diplomáticos por el protocolo se mantuvieron, no obstante, como una constante en el reinado de Carlos V, aunque pasasen a embajadores de sus aliados o de sus familiares cuya preeminencia no era tan clara⁸¹.

La diplomacia de Felipe II

La coronación de Felipe II tras la abdicación de su padre puede verse como el inicio del fin de las Guerras de Italia. En solo tres años se firmó la paz de Cateau-Cambrésis que acabó con el conflicto definitivamente. Por ello, la diplomacia de Felipe II en esos primeros años apenas se puede diferenciar del modelo aplicado por su padre.

Sin embargo, es reseñable destacar que, durante el reinado de su padre, y mientras desempeñaba en su nombre la gobernación de los territorios de la Monarquía Hispánica, el por entonces príncipe Felipe pudo tejer su propia red diplomática, que le permitía tener representantes propios en diferentes cortes extranjeras, aunque siempre siguiendo las directrices de su padre, que siempre tuteló la actuación de sus delegados en los diferentes territorios.

A estas embajadas habría que añadir las que envió en conjunto con su segunda esposa, la reina María de Inglaterra, lo que le permitió acrecentar su política exterior hasta que llegó el momento de la abdicación de su padre, momento en que pudo heredar íntegramente el destino de la parte de la herencia que le legó el emperador⁸².

4.3. La evolución de la diplomacia hispánica durante las Guerras de Italia

Los grandes cambios que ocurrieron a fines del siglo XV con respecto a la diplomacia son, como se ha podido ver anteriormente, fruto de una labor ingente que llevaron a cabo sobre todo los Reyes Católicos y sus funcionarios para levantar un sistema diplomático eficaz que les permitiese anticiparse a sus rivales.

Por su parte, la inmensa herencia que Carlos de Habsburgo recibió por parte de las dos familias a las que pertenecían sus padres no solo consistió en una ingente cantidad de títulos y tierras, sino que también recibió las incipientes estructuras e instituciones de lo que terminaría siendo la base de un Estado moderno, incluidas las

⁸¹ *Ibidem*, pp. 598-602.

⁸² OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo VI...*, *op. cit.*, pp. 11-19.

redes diplomáticas que se formaron en época de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano.

Esta herencia supuso una notable ventaja para el emperador en todo su reinado, pues la mayor parte de sus enemigos no empezaron a utilizar los modos de la diplomacia moderna hasta bien avanzado el siglo XVI, cuando en los dominios de la Monarquía Hispánica llevaban vigentes desde el reinado de Fernando II.

Con una base tan firme, los avances que se dieron en los 40 años de reinado del emperador fueron sobre todo mejoras y asentamiento de los usos diplomáticos que se introdujeron anteriormente.

La diplomacia de Fernando II y Carlos V: ¿modelos antagónicos?

Otro tema bastante importante a analizar es el uso que se le dio a esta diplomacia y cómo se construyó el relato de las acciones de los soberanos en este campo. No es un asunto baladí ya que la actuación diplomática de los reyes de la Monarquía Hispánica, en especial Fernando II y Carlos I, fueron y son vistas desde prismas muy diferentes y con los que se les ha tratado de definir.

De Fernando el Católico podemos comprobar, gracias a todos los cambios que ya hemos visto que implementó, que no solamente la diplomacia tenía una importancia muy grande en su idea de política, sino que también supo ejercerla con gran habilidad. Así se lo reconocían muchos de sus contemporáneos (uno de los ejemplos más notables de esto son las menciones que hace Maquiavelo a su figura en su obra *El Príncipe*⁸³).

Tal fue la importancia de la diplomacia en su reinado que la historiografía siguió exaltándolo o criticándolo casi siempre centrándose en ese punto de su gestión. La fama de tacticista y de no respetar los acuerdos le acompañó tanto en su vida (el propio rey se lamentaría de ello en algunas misivas a sus embajadores) como tras su muerte. Sin embargo, lo que nadie le niega es su ingente labor modernizadora de la diplomacia ya no solo en la Monarquía Hispánica sino en toda Europa.

El caso de Carlos V puede entrar mucho más en discusión. Su aparente gusto por algunas de las fórmulas más medievales, como las vistas reales o su cierta afinidad al departir él mismo con los embajadores extranjeros las cuestiones más complejas, han llevado a algunos a considerar al emperador como alguien poco hábil en la diplomacia o

⁸³ MAQUIAVELO, Nicolas, *El Príncipe*, Madrid, Austral, 45.ª ed., 2012, pp. 149-151.

que incluso desconfiaba de sus embajadores. Algunos autores como Brandi han llegado a decir de él que no era un soberano diplomático.

Sin embargo, otros muchos se han centrado en confrontar estas ideas con ejemplos de la propia vida del Habsburgo. Su supuesta animadversión por los diplomáticos se puede refutar con el hecho de que su política imperial siguió, a grandes rasgos, los esquemas trazados por su abuelo Fernando, es decir, a diferencia de lo que hiciera su padre Felipe I, no tuvo problemas en mantener a los consejeros y diplomáticos que estaban en activo durante el reinado del Rey Católico. También se puede ver que intentaba solucionar los conflictos negociando con sus enemigos (sus múltiples acuerdos con Francia, en muchas ocasiones teniendo una amplia ventaja, son buena prueba de ello).

Todo esto nos conduce a una idea: Carlos V puede que no fuese el gran diplomático que fue su abuelo Fernando, pero fue su continuador. No solo siguió sus directrices a través de sus consejeros, sino que, además, gran parte de su ideario universalista e imperial tenía unas bases que provenían de las cortes de la Península Ibérica. Gran parte de los grandes consejeros de Carlos a los que se adjudica una importante influencia sobre sus ideas, o eran oriundos de los reinos de la Monarquía Hispánica o pasaron gran tiempo en ellos (Gattinara es un ejemplo de ello), lo que, sin duda, afectó a su modo de pensar.

Y, a pesar de todo ello, la realidad es que sí que se puede hablar de Carlos como alguien que estuvo a medio camino entre el mundo medieval, con ideas universalistas como su *monarchia universalis* o su preferencia por solucionar los conflictos, en algunos casos, con soluciones más propias de ese periodo, y el mundo moderno, con ideas claras de las monarquías del siglo XVI que su hijo Felipe II terminaría abrazando completamente.

Así pues, los modelos de diplomacia de Fernando el Católico y de Carlos V no se pueden considerar antagónicos. El modelo de Carlos, con sus peculiaridades fruto de su carácter y de la configuración de sus territorios, es una continuación en las formas y en las ideas que tenía ya, años antes, el proyecto de los Reyes Católicos.

Conclusiones

Para finalizar este trabajo, veo necesario realizar una serie de reflexiones sobre la importancia que tuvo el desarrollo de la diplomacia en un marco temporal y material tan concreto como es el de las Guerras de Italia.

La Península Itálica fue, como se ha podido observar, el punto de inicio de una serie de cambios que afectaron a toda Europa occidental durante los últimos años del siglo XV y que se convirtieron en la antesala de lo que hoy se conoce como Edad Moderna. Estos cambios no solo afectaron a los aspectos mencionados en este texto, sino que afectaron a cada punto de la sociedad de la época.

Si nos centramos en el campo de la diplomacia, lo primero que queda claro es que la idiosincrasia propia de la zona, especialmente los numerosos Estados de pequeño tamaño e inestables políticamente que conformaban políticamente la Península Itálica, fue lo que atrajo a las potencias exteriores más grandes que, siguiendo sus dinámicas propias, habían comenzado a abandonar el sistema feudal que las caracterizaba durante la Edad Media para adoptar un sistema moderno más ligado a la concentración de poder en una monarquía que creaba su propia administración y tenía sus propios medios para mantenerse en el poder y acrecentarlo. Dentro de estos medios se encuentra la diplomacia.

La diplomacia de la época se fue configurando a través de las exigencias que demandaba esta nueva clase de formas de gobierno y de los choques que tenían unos Estados con otros. Así pues, la necesidad de evitar que uno de los volubles Estados italianos cambiase de bando y dañase irremediabilmente una alianza previa obligaba a estar al tanto constantemente de los movimientos que ocurrían en la corte de ese Estado. Para ello era necesario tener a alguien que estuviese «en el terreno» de manera constante para avisar de cualquier eventualidad. Esto solo era posible creando embajadas permanentes que hablaran en nombre del príncipe interesado.

De la misma forma era necesario mejorar correos, sistemas de cifrado e incluso la preparación de los enviados diplomáticos. Todo ello para poder estar por delante de los rivales que podían superar a sus contrarios rápidamente en un campo tan voluble y cambiante como era este.

Y todas estas dinámicas tuvieron su inicio en las Guerras de Italia, el que fue el primer conflicto de la Edad Moderna entre los Estados occidentales. Un conflicto que tenía reminiscencias de las antiguas ideas medievales (patrimonio, dinastías, ideales de

cruzada y derechos dinásticos) pero que, en verdad, ocultaba ideas en muchos casos más pragmáticas y que reflejaban que el mundo en el que vivían ya no era el mismo que el que existía durante la Edad Media.

El ejemplo más claro se encuentra en la figura del papa: es en esta época cuando el papado deja de tener el poder moral para detener a los príncipes cristianos cuando estos se enfrentaban a él. Como ya se ha visto, durante estos conflictos ha habido varias invasiones a los dominios de los Estados pontificios sin que el papa pudiese evitarlo, cuando apenas unas décadas antes del inicio de estas guerras era el papa el que unía a los territorios italianos contra aquellos que rompían el equilibrio en la zona.

A todo esto, hay que sumarle también la cada vez mayor interacción entre todos los Estados europeos. En estos conflictos fue común ver a todos los principales actores políticos del momento intentando sacar beneficios de los sucesos que acaecían, aunque no estuviesen implicados directamente. Y para ello era necesario contar con un sistema diplomático lo suficientemente amplio para poder negociar de la forma más rápida y decisiva posible.

Es cierto que el conflicto armado determinó gran parte de los devenires de las guerras que se sucedieron, pero, sin la diplomacia que trabajaba incluso en esos momentos, hubiera sido imposible que se tradujesen las victorias militares en algo más que triunfos momentáneos ya que la dinámica del momento hacía que, cuando uno de los contendientes parecía despuntar sobre el resto, estos se unían contra él para evitarlo.

Todas estas dinámicas políticas de la época se sumaron a los avances culturales y sociales del momento para comenzar a definir un sistema diplomático nuevo que sería un reflejo del Estado moderno que caracterizaría los siguientes siglos.

Fuentes consultadas

- DUGGAN, Christopher, *Historia de Italia*, Madrid, Akal, 2.^a ed., 2017.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro, «El “Rey Católico” de las primeras guerras de Italia. Imagen de Fernando II de Aragón y V de Castilla entre la expectación profética y la tensión internacional (1493-1499)», *Medievalismo*, 25, 2015, pp. 197-232.
- FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia Moderna Universal*, Barcelona, Ariel, 1.^a ed., 2002.
- FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna*, Barcelona, Ariel, 1.^a ed., 2004.
- MAQUIAVELO, Nicolas, *El Príncipe*, Madrid, Austral, 45.^a ed., 2012.
- OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo IV. Los Reyes Católicos*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2003.
- OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo V. La diplomacia de Carlos V*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2003.
- OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. Tomo VI. La diplomacia de Felipe II*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2003.
- PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos, «De la Historia diplomática a la Historia de las Relaciones internacionales: algo más que el cambio de un término», *Historia contemporánea*, n.º 7, 1992, pp.155-182.
- PRESCOTT H., William, *Historia del reinado de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007, en línea, <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/historia-del-reinado-de-fernando-e-isabel-los-reyes-catolicos--0/>> [última consulta: 06/05/2021].
- RENOUVIN, Pierre (dir.), *Historia de las Relaciones Internacionales, Tomo I Volumen I: La Edad Media. Los tiempos modernos*, Madrid, Aguilar, 1967.
- RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 2000.
- TAMBELLA, Franco Luciano, *Religión y política exterior en el reinado de los Reyes Católicos. Los embajadores ibéricos frente al Papa Julio II*, Salta, Universidad Nacional de Salta, 2015, en línea, <<https://cehsegreti.org.ar/historia-social-5/html/trabajosmesa3.html>> [última consulta: 06/05/2021].

USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *España y sus tratados internacionales, 1516-1700*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2006.

VILLANUEVA MORTE, Concepción, FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro, *El embajador Claver: diplomacia y conflicto en las «Guerras de Italia» (1495-1504)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2020.